

---

---

# *“Moros y cristianos” en el Corpus Christi colonial<sup>1</sup>*

BERTA ARES QUEIJA

CERMACA-EHESS, PARIS

## RESUMEN

*El tema del combate simulado entre “moros y cristianos” aparece frecuentemente formando parte de los festejos de celebración del Corpus Christi en la España del XVI. Se argumenta cómo los franciscanos trasladan al Nuevo Mundo esta guerra de ficción, con fines esencialmente catequéticos, a través del análisis de la representación que llevan a cabo los Indios tlaxcaltecas de la “Conquista de Jerusalem”, en el transcurso de la procesión del Corpus de 1539. En dicha representación se trasluce la concepción política y religiosa que los franciscanos tenían de la sociedad indígena y se pone de manifiesto la utilización de estas escenificaciones como vehículo de transmisión de mensajes culturales.*

La representación de combates simulados entre “moros y cristianos” era una de las manifestaciones más frecuentes en las celebraciones de carácter festivo en España, durante los siglos XV, XVI y XVII. Al menos esto es así en lo que se refiere al medio urbano, de donde suele proceder la mayor parte de la información disponible (véase por ej. Alenda y Mira, 1903). Bajo una gran diversidad de formas (combate a caballo o a pie, combate naval, danza) y de tramas (un simple desafío, una emboscada, la conquista de una ciudad o un castillo, el rescate de una doncella cristiana o de una imagen sagrada, etc.), con mayor o menor presencia de elemen-

tos teatrales, el esquema formal y el desenlace de la acción en este tipo de representaciones es siempre el mismo: dos bandos, equiparables militarmente entre sí, pero diferenciados por sus creencias religiosas, libran una o varias batallas, obteniendo siempre los cristianos la victoria final. Implícita o explícitamente, la resolución del conflicto se presenta no como el resultado de una superioridad militar de los cristianos, sino como consecuencia de la autenticidad de la fe que profesan. De ahí que, a menudo, la escenificación acabe con los moros reconociendo la falsedad de sus creencias, renegando de Mahoma y del Islam y solicitando el bautismo.

No es de extrañar, por lo tanto, que el tema de "moros y cristianos" aparezca con relativa frecuencia formando parte de la celebración del Corpus Christi, ya sea como juego de cañas, como danza o, más tardíamente, como comedia teatral. Así, por ejemplo, en la procesión del Corpus del año 1579 en Madrid hubo una danza en la que se representaba un combate entre Rodrigo de Narváez y el moro Abindarráez; en la de 1592 otra, denominada "Danza de la recuperación de España", en la que figuraban en un bando don Pelayo con cuatro montañeses y en el otro don Opas con cuatro moros<sup>2</sup>. Refiriéndose a esta misma procesión en Madrid señala el historiador José Deleito y Piñuela lo siguiente:

...al terminar la procesión, efectuábanse también danzas, que eran verdaderas pantomimas, simulando un combate entre ángeles y diablos, vestidos éstos de moros. Naturalmente, vencían aquéllos, y al término del baile el arcángel San Miguel cortaba la cabeza a Mahoma, representado por un monigote de moruna vestimenta, al que se quemaba enseguida entre algazara general. (Deleito y Piñuela, 1952: 176)

La asiduidad con la que este tipo de representaciones se hacían, tanto en fiestas de carácter civil y cortesano como en las del calendario litúrgico, y en las que de uno u otro modo tomaban parte los diferentes grupos sociales, nos sumerge en la historia de una España social, cultural y étnicamente heterogénea, que construye y necesita reafirmar constantemente su identidad "nacional" en base a la uniformidad religiosa y por oposición al Islam. En definitiva, nos pone en relación con una sociedad que parece percibirse a sí misma en lucha permanente contra el infiel. Es muy significativa, en este sentido, una frase escrita por el cronista Fran-

cisco López de Gómara (1552 [1946]) en la *Dedicatoria* de su obra al rey: "Comenzaron las conquistas de indios acabada la de moros, porque siempre guerreasen españoles contra infieles".

Y en efecto, tal y como sugiere el cronista los españoles trasladaron al Nuevo Mundo sus guerras en nombre de la fe católica; pero no sólo las reales, sino también las de ficción. Y si en las primeras al indio le "tocó" protagonizar el papel de infiel o pagano, no siempre fue así en las segundas, como vamos a ver a continuación.

### "MOROS Y CRISTIANOS" EN TLAXCALA (1539)

La tregua firmada en junio de 1538 entre el emperador Carlos V y el rey Francisco I de Francia, en Aigues Mortes (Niza), fue motivo de celebración al menos en dos lugares de la Nueva España. La primera tuvo lugar en la ciudad de México, donde a instancias del virrey, de la Audiencia y de Cortés, y con la participación de españoles e indios, se organizaron unos espléndidos festejos que duraron varios días. De entre los diversos espectáculos que se hicieron Bernal Díaz destaca una representación en la que turcos y cristianos combatieron por la conquista de Rodas y en la que el propio Cortés, al frente del bando cristiano, hizo el papel de Gran Maestre de la isla<sup>3</sup>. La segunda celebración la protagonizaron los indios de Tlaxcala, quienes en el transcurso de la procesión del Corpus Christi de 1539, además de tres *autos* de carácter religioso, escenificaron la *conquista de Jerusalén*. Sobre ella se centra el presente trabajo.

Para ese día se montó un espectacular escenario en la plaza de la nueva ciudad de Tlaxcala, que estaba entonces en construcción. Sobre los muros de la que iba a ser casa del Cabildo se edificó una réplica de la ciudad de Jerusalén; cercano a ella y de tal modo que la acción transcurriese delante, se elevó un tablado para instalar la imagen del Santísimo Sacramento; a la derecha, se situó el campamento o real del ejército de España; a la izquierda, el del ejército de Nueva España; en el centro, Santa Fe (clara alusión a la conquista de Granada), donde llegado el momento habría de instalarse el emperador Carlos V con su ejército, aposentado al principio fuera de la plaza.

Brevemente resumida, la acción transcurre de este modo: En primer

lugar entra en la plaza el Santísimo Sacramento acompañado del Papa y varios cardenales y obispos. A continuación, el "ejército de España" capitaneado por don Antonio Pimentel, conde de Benavente, e integrado por gentes de diversas regiones y ciudades españolas, además de alemanes e italianos. Luego hace su entrada el "ejército de Nueva España", capitaneado por el virrey Antonio de Mendoza e integrado por mexicanos, tlaxcaltecas, huastecas, cempoaltecas, mixtecas, colhuaques, tarascos, guatemaltecos y "unas capitanías que se decían del Perú e Islas de Santo Domingo y Cuba". Todos ellos, según el autor de la descripción, muy ricamente ataviados, por ser los participantes "señores y principales", y diferenciándose entre sí por sus respectivas vestimentas de guerra. Aposentado en Jerusalén está el ejército moro (turcos), ("...gente bien unida y diferenciada de toda la otra, que traían unos bonetes como usan los moros". MOTOLINIA, 1970: 241), al frente del cual figura el sultán de Babilonia y Tetrarca de Jerusalén, Hernán Cortés, con Pedro de Alvarado como capitán general.

Iniciado el ataque, los moros sufren dos derrotas consecutivas, la primera ante el ejército español y la segunda ante el novo-hispano. La situación se invierte totalmente a favor de los moros al verse reforzadas sus tropas por moros y judíos provenientes de Galilea, Judea, Samaria y Siria, derrotando en un primer encuentro a los españoles y luego a los de Nueva España. Informado el emperador de lo ocurrido por sendas cartas de los dos capitanes cristianos, acude al lugar acompañado del rey de Francia y del de Hungría<sup>4</sup>. Aún así los moros logran defender la ciudad.

Ante una nueva derrota del ejército español, Carlos V escribe al Papa, rogándole que pida ayuda a Dios en sus oraciones. Este ordena orar a toda la cristiandad, a la vez que con los cardenales y obispos invocan el favor divino, arrodillados ante el Santísimo Sacramento. Lo mismo hacen los españoles en su campamento. Aparece entonces un ángel para comunicarles que sus oraciones han sido escuchadas, que saldrán victoriosos y que para mayor seguridad Dios les envía a su patrón, Santiago Apóstol. Entra éste en su caballo blanco y, poniéndose al frente del ejército, atacan Jerusalén. Los moros, aterrorizados, se encierran en la ciudad. Retirado el ejército español, atacan los de Nueva España, pero son a su vez derrotados. Se repite entonces una escena semejante: el ejército novo-hispano y toda la corte papal se ponen a rezar. Otro ángel les comunica

que, aunque son "tiernos en la fe", Dios les ha estado probando para que sepan que sin El no son nada, pero una vez que se han humillado, les envía en su ayuda a San Hipólito, patrón de Nueva España. Entra éste en un caballo negro y poniéndose al frente de su ejército, exhorta a los indios a luchar.

Capitaneados por sus respectivos patronos, cada ejército por su flanco y el del rey por el centro atacan al mismo tiempo Jerusalén. En el fragor de la lucha, aparece de pronto el arcángel San Miguel. Atemorizados unos y otros ante tal visión, se retiran. El arcángel habla a los moros y les insta a convertirse al cristianismo; luego desaparece. Acto seguido, el sultán Hernán Cortés alaba la misericordia divina por haberles alumbrado en su ceguedad e incita a los moros a reconocer su error. En nombre de todos responde su capitán general, Pedro de Alvarado, expresando el deseo de ponerse en manos del rey de España y recibir el bautismo. El sultán escribe al rey comunicándole su rendición y rogándole que les acepte como vasallos. La acción finaliza con el rey conduciendo a los moros rendidos ante el Papa y dando todos gracias a Dios; aprovechando la ocasión para bautizar realmente a bastantes indios adultos, que habían participado representando el papel de turcos.

El presente resumen se basa en la minuciosa descripción hecha por un franciscano anónimo e inserta por el también franciscano Toribio Motolinía en su *Historia de los indios de la Nueva España*. Según el autor de la descripción, los indios tlaxcaltecas decidieron hacer esta representación después de ver la que españoles e indios habían hecho sobre Rodas en la ciudad de México, y añade además que "... por la hacer más solemne acordaron de la dejar para el día de Corpus Christi" (p. 240). Es decir, presenta el hecho como si se tratara de algo elaborado exclusivamente por los propios indios. Sin embargo, creo que es bastante evidente que detrás de todo el montaje se halla la mano de los franciscanos, cuya presencia en la zona se remontaba a unos quince años atrás<sup>5</sup>.

Como es bien sabido, la idea de conquistar Jerusalén era una vieja obsesión de todo el Occidente cristiano, en torno a la cual se aglutinaba un auténtico conglomerado de aspiraciones de carácter político y religioso. Tanto la derrota definitiva del Islam, encarnado en el siglo XVI por el Gran Turco, como la implantación efectiva de una cristiandad universal pasaban ineludiblemente por la recuperación de los Santos Lugares. Estas

ideas, impregnadas de connotaciones de tipo mesiánico y milenarista, eran algo muy próximo a los franciscanos, para quienes además los Santos Lugares estaban especialmente ligados a la historia de su propia Orden, ya que, después de la predicación de San Francisco en Oriente, el sultán de Babilonia (El Cairo) les había concedido el privilegio de ser sus custodios (cfr. RICARD, 1932: 79).

Partiendo de estos presupuestos y conociendo el uso que hizo la iglesia de las formas teatrales no es, pues, tan extraño que los franciscanos de Tlaxcala, teniendo presente la representación hecha en México, decidieran hacer una puesta en escena de aquel viejo sueño, en un momento en el que además la supremacía política de España en Occidente parecía que iba a hacerlo realidad. "El cual pronóstico [esto es, la conquista de Jerusalén] cumpla Dios en nuestros días", escribe al comienzo el autor de la descripción. Sueño del que, por otra parte, intentaban hacer partícipes a los indios no sólo impulsándoles a representarlo, sino también —y sobre esto volveré más adelante— integrándoles como auténticos co-protagonistas dentro de la misma trama.

Ello nos pone en relación con algo que ya hace años sugirió Robert Ricard (1932, 1933): la utilización por parte de los misioneros de las representaciones de "moros y cristianos" con fines esencialmente catequéticos, contribuyendo de este modo a su gran difusión entre la población indígena<sup>6</sup>. La representación de Tlaxcala resulta, en este sentido, una puesta en escena verdaderamente ejemplar tanto por su construcción formal como por la multiplicidad de mensajes que en ella se entrecruzan.

### VIEJAS FORMAS PARA NUEVOS MENSAJES

Como se habrá podido ver por el resumen realizado, la "Conquista de Jerusalén" responde en líneas generales al mismo esquema que las representaciones peninsulares: moros y cristianos libran varias batallas, alternándose en la victoria y sin que esté claro cuál de los bandos puede resultar el vencedor. Este equilibrio se rompe al ser invocado el auxilio divino por los cristianos y serles concedido, materializándose en la aparición de varios personajes sobrenaturales, lo que provoca la inmediata rendición de los moros y su posterior conversión. Rendición, por otra parte, que va

acompañada de su derrota política ante el rey de España, a quien el Sultán rinde vasallaje, reconociéndole como el capitán de los ejércitos de Dios en la tierra y a quien, en calidad de tal, todo el mundo debe obedecer<sup>7</sup>.

A diferencia de otras representaciones, como p.e. la ya mencionada sobre Rodas, donde el apoyo divino parece darse por sobreentendido desde el momento en que implica a moros y cristianos, en ésta de Tlaxcala no sólo está explícito sino que todo el énfasis recae sobre la intervención divina; de tal modo que ni siquiera el desenlace del combate final se impone por las armas, sino por el impacto que producen en los moros las apariciones sobrenaturales y, finalmente, por el poder de persuasión de las palabras que el arcángel San Miguel les dirige. Esto, unido a que todo transcurre como parte de la procesión y en presencia del Santísimo Sacramento, con la inclusión en la acción del mismísimo Papa con su corte, etc., hacen de ella una auténtica pieza de teatro religioso.

Su finalidad catequética es bastante evidente; hasta tal punto que, leyendo las palabras que el ángel dirige al ejército de Nueva España<sup>8</sup>, las que dirige el arcángel San Miguel a los moros<sup>9</sup> o las que a continuación pronuncia el Sultán<sup>10</sup>, se puede obtener la impresión de estar ante un largo sermón dirigido directamente a los indios sobre su propia condición. ¿Cómo no establecer, entonces, un paralelismo entre la historia que estaba transcurriendo ante sus ojos y su pasado más inmediato? ¿Cómo no identificarse a sí mismos como los anteriores "turcos de Jerusalén", a quienes derrotaron los cristianos?

A favorecer este tipo de asociación parecen ir dirigidas ciertas alusiones, que, en mi opinión, no son sino guiños intencionales a la concurrencia. Así, en un determinado momento la derrota del ejército novohispano es achacada al escuadrón de los indios antillanos, históricamente los primeros en ser conquistados y que, en este caso, caen todos prisioneros de los turcos porque "...no eran diestros en las armas, ni traían armas defensivas, ni sabían el apellido de llamar a Dios" (MOTOLINIA, 1970: 242). En otro momento, al anunciarles la venida de San Hipólito el ángel aclara la razón de su patronazgo sobre Nueva España: "en cuyo día los Españoles con vosotros los Tlaxcaltecas ganásteis a México" (Idem: 244). No olvidemos además que la frontera entre la ficción dramática y

la realidad está muy desdibujada al finalizar el acto con el bautismo de algunos indios / "turcos", como antes se dijo.

Considerada desde esta perspectiva, es decir, como un reflejo de la propia conquista americana, la representación estaba ofreciendo a figurantes y espectadores una explicación *a posteriori* del por qué de la derrota indígena ante los españoles, así como la posibilidad de reinterpretar los hechos del pasado como fruto de sus vanas creencias y de la falsedad de sus dioses. Mensaje que, además de la dimensión religiosa, llevaba consigo todo el "veneno" que se le quiera atribuir en tanto que suponía una legitimación política de lo sucedido. Recordemos que el reconocimiento del Dios cristiano por el Sultán iba concatenado al reconocimiento de la supremacía política del rey de España, a quien los moros ruegan que les acepte como "vasallos naturales" (ver nota 6).

Ahora bien, la representación de Tlaxcala no sólo tenía que ver con la reinterpretación del pasado inmediato. Por el contrario y como trataré de demostrar a continuación, también en ella se ponía de manifiesto el presente, y más concretamente la concepción política y religiosa que los franciscanos tenían de él respecto a la sociedad indígena. Retomemos, pues, la puesta en escena de la "Conquista de Jerusalén" y a sus protagonistas desde el bando cristiano, integrado en este caso por el Santísimo Sacramento, el Papa con su corte, el Emperador...es decir, toda una representación simbólica de la cristiandad. Pues bien, formando parte de ella, pero ocupando un espacio propio, figura el ejército de la Nueva España (o mejor dicho, del Nuevo Mundo, pues tal parece ser la intención al incluir en él a peruanos y antillanos), capitaneado nada menos que por el virrey, representante directo de la autoridad real. Es más, por un cuidado efecto de total simetría en la puesta en escena, este ejército ocupa una posición que está en absoluto plano de igualdad con la del ejército español. De tal manera que si un ejército está colocado a la derecha del emperador, el otro lo está a la izquierda; si uno ataca y vence o es derrotado, el otro también; si de unos se dice que lucharon como "tigres y leones", los otros lo hicieron como "elefantes y gigantes", y, en fin, si Dios escucha las oraciones de los españoles y envía en su ayuda a Santiago Apóstol, otro tanto hace con los indios enviándoles a San Hipólito. En definitiva, los pueblos americanos aparecen incorporados a la comunidad cristiana y a la monarquía española, sin ningún tipo de distingo respecto

a los españoles; unos y otros están en una condición de igualdad tanto ante Dios como ante el rey.

El verdadero alcance político de este mensaje lo podemos entender mejor si tomamos en consideración otro aspecto más de la representación. Me refiero al hecho de que sea Hernán Cortés quien figure como Sultán de Babilonia y Tetrarca de Jerusalén. Esto que a algunos estudiosos le ha parecido caprichoso e incomprensible<sup>11</sup>, no lo es en absoluto si contemplamos la obra dentro de su contexto histórico y a la luz del conflicto político latente durante esos años en la Nueva España, en el cual se dirimía la instauración efectiva de la jurisdicción real sobre aquellos territorios y sus gentes frente a las tendencias de tipo señorial de Cortés y, en general, de los conquistadores. En 1539 y tras varios años de esfuerzos y fracasos, la Corona estaba a punto de ganar definitivamente la partida a Cortés, quien en 1540 marchaba a España para no regresar nunca más. Al frente de Nueva España quedó entonces el virrey Antonio de Mendoza, principal artífice de este éxito de la política de la Corona.

La escenificación de Tlaxcala era, pues, una síntesis magistral de este conflicto: en un bando estaba el rey de España, acompañado del virrey Mendoza como capitán general del ejército novohispano; en el otro, Cortés como "señor" de los moros, con Pedro de Alvarado como capitán general. El enfrentamiento entre ambos bandos acaba con Cortés y sus partidarios derrotados, reconociendo la soberanía real<sup>12</sup>.

Los franciscanos, que durante años habían sido los mejores aliados de Cortés, ponían así de manifiesto la posición adoptada, acorde por otra parte con sus desvelos por conseguir que la población indígena dependiese directamente de la jurisdicción real y sustraerlos así del poder de los encomenderos. El mensaje que intentaban transmitir a los indios era muy claro: el único señor es el rey y, en su nombre, el virrey; no Cortés ni otro alguno.

Pero ¿qué extraños sentimientos y emociones pudo despertar en los tlaxcaltecas representar la derrota de su antiguo conquistador y aliado y hasta entonces *Gran Señor* de México?

En fin, creo haber dejado claro hasta qué punto el viejo esquema de "moros y cristianos" importado de la península se convirtió en manos de los franciscanos de Tlaxcala en algo flexible, adaptable a aquella nueva realidad como vehículo de transmisión de nuevos mensajes, sin perder

por ello su sentido original. Cabe preguntarse hasta qué punto tales mensajes podían ser percibidos desde un universo cultural completamente diferente. Los misioneros parece que así lo creyeron. Pero...¿no creyeron también que, al igual que en las representaciones de "moros y cristianos", el Otro era reducible mediante la asimilación religiosa?

Los esfuerzos hechos en este sentido se ponen muy bien de manifiesto en esta procesión del Corpus Christi de Tlaxcala, durante cuyo recorrido —como mencioné mas arriba— se hicieron además tres *autos* o cuadros escénicos:

...iba el Sacramento entre unas calles hechas todas de tres órdenes de arcos medianos, todos cubiertos de rosas y flores muy bien compuestas y atadas; y estos arcos pasaban de mil y cuatrocientos, sin otros diez arcos triunfales grandes, debajo de los cuales pasaba toda la procesión. Había seis capillas con sus altares y retablos; todo el camino iba cubierto de muchas yerbas olorosas y de rosas. Había también tres montañas contrahechas muy al natural con sus peñoles, en las cuales se representaron tres autos muy buenos (Motolinía, 1970: 245).

En el primero de estos *autos* los indios escenificaron las tentaciones por parte del Demonio a Jesús en el desierto; en el segundo, la predicación de San Francisco a las aves, en el que "fueron representados y reprendidos algunos vicios" de los indios; en el tercero y seguramente como reprobación de los sacrificios humanos, el sacrificio de Abrahám. Finalmente, la procesión retornó a la iglesia, dando por concluida la catequesis del día de Corpus.

Como he tratado de mostrar en este trabajo, en América la procesión del Corpus adquirió desde muy temprano el carácter de gran espectáculo del cristianismo triunfante que ya tenía en España. Representaciones de "moros y cristianos", autos sacramentales o pequeñas escenificaciones de pasajes bíblicos, danzas de moriscos o danzas de indios, todo podía ser incorporado en ella si se le daba el sentido adecuado.

## NOTAS

1. Una versión anterior de este artículo fue presentada en el Colloque International *Variations rituelles sur le thème de la Fête-Dieu (Espagne-Amérique Latine)*, Maison des Sciences de l'Homme, París (28-29 Octubre 1991).
2. Citado por Carrasco Urgoiti (1963: 488). Para otras referencias del tema de "moros y cristianos" en la procesión del Corpus véase, por ejemplo, Flechniakovska (1954).
3. La descripción se debe a Bernal Díaz del Castillo (1928, t.II, cap. CCI: 486-493). Aunque no está suficientemente claro, más que la conquista de Rodas, como comúnmente se dice, lo que realmente se representó fue su defensa por parte de los cristianos, que salen victoriosos, ante el ataque de los turcos. Lo que no deja de ser una significativa inversión de la realidad histórica, ya que Rodas cayó en poder de los turcos en 1523 y tuvo que ser abandonada por los caballeros de la Orden de San Juan. Duro golpe para la cristiandad de Occidente, que consideraba la isla como un punto estratégico para la conquista de los Santos Lugares.
4. En 1539 el rey de Hungría y Bohemia, emparentado con Carlos V, estaba en lucha contra los turcos. En cuanto a la presencia del rey de Francia, no olvidemos que se estaba celebrando la firma de la tregua de Aigues-Mortes.
5. Véase Motolinía (1970, tratado I, cap.15: 240-246). Se trata de una carta que —según Motolinía— iba dirigida al entonces prelado de los franciscanos de México, fray Antonio de Ciudad Rodrigo. Dos detalles hacen pensar que en el montaje pudo haber participado el propio Motolinía: en primer lugar, el hecho de que al frente del ejército español figure su protector, Don Antonio de Pimentel, a quien él dedicó su obra; en segundo lugar, el que en un determinado momento se diga que entre los españoles destacó en la lucha "la gente del reino de León", de donde el fraile era originario. Me ha resultado imposible comprobar si por estas fechas estuvo por Tlaxcala.
6. Soledad Carrasco Urgoiti (1976) señala asimismo esta utilización con fines catequéticos entre la población rural española, y cómo la costumbre de representarlas al mismo tiempo que las obras de teatro religioso favoreció una fusión entre ambas: "...les dialogues au cours desquels les chrétiens et les Maures se défiaient et s'insultaient offraient un certain parallélisme avec les scènes allégoriques où le conflit entre le Bien et le Mal était concrétisé par l'affrontement entre deux groupes antagoniques hiérarchisés, composés de personnages surnaturels et d'êtres humains. La coutume consistant à jouer en même temps des oeuvres représentatives des deux types favorisa leur fusion, ainsi que l'identification des chrétiens avec le parti du Bien et celui des Maures avec le parti du Mal" (Carrasco Urgoiti, 1976: 101-102). Sobre la difusión de "moros y cristianos" en América y su relación con las representaciones de la Conquista véase Ares Queija (1992).
7. He aquí el texto de la carta enviada al Rey, comunicándole su rendición: "Emperador Romano, amado de Dios. Nosotros hemos visto claramente cómo Dios te ha enviado favor y ayuda del cielo; antes que esto yo vieses pensaba de guardar mi ciudad y reino, y de defender mis vasallos; pero como el Dios del cielo me ha ya alumbrado, conozco que tú solo eres capitán de sus ejércitos; yo conozco que todo el mundo debe obedecer a Dios, y a tí que eres su capitán en la tierra. Por tanto en

tus manos ponemos nuestras vidas, y te rogamos que te quieras llegar cerca de esta ciudad para que nos des tu real palabra y nos concedas las vidas, recibiéndonos con tu continua clemencia por tus naturales vasallos. Tu siervo. El gran Soldán de Babilonia, y Tetrarca de Jerusalén" (Motolinía, 1970: 245).

8. "Aunque sois tiernos en la fe os ha querido Dios probar, y quiso que fuédes vencidos para que conozcais que sin su ayuda valéis poco; pero ya que os habéis humillado, Dios ha oído vuestra oración, y luego vendrá en vuestro favor el abogado y patrón de la Nueva España, San Hipólito, en cuyo día los Españoles con vosotros los Tlaxcaltecas ganásteis a México" (Motolinía, 1970: 244).
9. "Si Dios mirase a vuestras maldades y pecados y no a su gran misericordia, ya os habría puesto en el profundo del infierno, y la tierra se hubiera abierto y tragádoos vivos; pero porque habéis tenido reverencia a los Lugares Santos quiere usar con vosotros su misericordia y esperaros a penitencia, si de todo corazón a El os convertís; por tanto conoced al Señor de la Majestad, Criador de todas las cosas, y creed en su preciosísimo Hijo Jesucristo, y aplacadle con lágrimas y verdadera penitencia" (Motolinía, 1970: 244).
10. "Grande es la bondad y misericordia de Dios, pues a sí nos ha querido alumbrar estando en tan grande ceguera de pecados: ya es llegado el tiempo en que conocamos nuestro error; hasta aquí pensábamos que peleábamos con hombres, y ahora vemos que peleamos con Dios y con sus santos y ángeles: ¿quién les podrá resistir?" (Motolinía, 1970: 244).
11. Cfr. Fernando Horcasitas (1974: 507-8) y Arturo Warman (1972: 89).
12. También en los festejos de México tuvo una particular manifestación este conflicto político, personalizado en la rivalidad entre Mendoza y Cortés. Cada uno de ellos ofreció en esta ocasión un espectacular banquete, resultando –según Bernal Díaz– más majestuoso el del virrey (cfr. Díaz del Castillo, 1928: 489-493). El mismo Bernal cuenta que ambos acababan de hacer las paces entonces: "En esta sazón habían hecho amistades el marqués del Valle y el visorrey don Antonio de Mendoza, quedaban algo amordazados sobre el contar de los vasallos del marquesado y sobre que el virrey favoreció mucho a Nuño de Guzmán para que no pagase la cantidad de pesos de oro que debía a Cortés desde el tiempo que fue el Nuño de Guzmán presidente de Méjico" (Díaz del Castillo, 1928: 486). Véase asimismo Bernard & Gruzinski (1991).

#### REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- ALENDA Y MIRA, J. 1903. *Relaciones de solemnidades y fiestas públicas en España*. (1865). 2 vols. Madrid: Imprenta Rivadeneyra.
- ARES QUEIJA, B. 1984. "Las danzas de los indios: un camino para la evangelización del virreinato del Perú". *Revista de Indias*, 174: 445-463.
- ARES QUEIJA, B. 1992. "Representaciones dramáticas de la Conquista: El pasado al servicio del presente". *Revista de Indias*, 195-196: 231-250.
- BAYLE, C. 1951. *El culto del Santísimo en Indias*. Biblioteca Misionaria Hispánica, serie B, vol. IV. Madrid: C.S.I.C.

- BERNARD, C. & GRUZINSKI, S. 1991. *Histoire du Nouveau Monde. De la découverte à la conquête*. Paris: Fayard.
- CARRASCO URGOITI, M.S. 1963. "Aspectos folclóricos y literarios de la fiesta de Moros y Cristianos en España". *PMLA, Publications of the Modern Language Association of America*, LXXVIII: 476-491.
- CARRASCO URGOITI, M.S. 1976. "La fête des Maures et des Chrétiens en Espagne: Histoire, religion et théâtre". *Cultures*, 3 (1): 94-122.
- DELEITO Y PIÑUELA, J. 1952. *La vida religiosa española bajo el cuarto Felipe. Santos y Pecadores*. Madrid: Espasa-Calpe.
- DÍAZ DEL CASTILLO, B. 1928. *Verdadera Historia de los Sucesos de la Conquista de la Nueva España*. Edición de Carlos Pereyra (2 vols.). Madrid: Espasa-Calpe.
- FLECNIAKOSKA, J. L. 1954. "Les Fêtes du Corpus à Ségovie (1594-1636). Documents inédits". *Bulletin Hispanique*, 56 (1-2): 14-37; (3): 225-248.
- HORCASITAS, F. 1974. *El teatro náhuatl. Epocas novohispana y moderna*. Instituto de Investigaciones Históricas. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- LOPEZ DE GOMARA, F. 1946. "Hispania Vitrix. Primera y Segunda parte de la Historia General de las Indias" (1552), en *Historiadores Primitivos de Indias*, I: 155-455. Biblioteca de Autores Españoles, tomo 22. Madrid: Atlas.
- MOTOLINIA, fray T. de 1970. *Historia de los Indios de la Nueva España*. Biblioteca de Autores Españoles, tomo 240. Madrid: Atlas.
- RICARD, R. 1932. "Contribution à l'étude de fêtes de 'moros y cristianos' au Mexique". *Journal de la Société des Américanistes*, N.S., XXIV: 51-84.
- RICARD, R. 1933. *La "conquête spirituelle" du Mexique. Essai sur l'apostolat et les méthodes missionnaires des Ordres Mendicants en Nouvelle-Espagne de 1523-24 à 1572*. Paris: Institut d'Ethnologie.
- WARMAN, A. 1972. *La Danza de Moros y Cristianos*. Sep/Setentas, 46. México.